

PERÚ

SUSCRICION MENSUAL  
40 CENTAVOS.

# LA INTEGRIDAD

FUERA DE LIMA Y CALLAO  
EL PAGO POR  
TRIMESTRES ADELANTADOS

SE PUBLICA UNA VEZ POR SEMANA

AÑO II }

Lima 30 de Mayo de 1891.

{ NUM. 97



MANUEL GONZÁLEZ PRADA.

LA INTEGRIDAD

LIMA, MAYO 30 DE 1891.

Manuel González Prada

«Naci en Lima. Fueron mis padres D. Francisco González Prada y doña Josefa Ulloa de Prada.»

Tal fue la lacónica contestación del señor González Prada al compilador Cortez, cuando éste le demandaba datos para una biografía. Y el escritor chileno la consignó en su libro queriendo dar á conocer, del mejor modo, á quien el reconocido tan bueno y simpático como hombre que como poeta.

Tal habria sido también la respuesta del señor González Prada á mi, si yo, desconociendo su carácter, le pidiera algún apunte para historiar su vida.

La contestación encerraba un reproche, era una lección disimulada. Modesto por temperamento y por educación, pensador por naturaleza y por costumbre, el señor González Prada observaba que la biografía de los vivos entraña contradicciones y arrastra dificultades. La vida entera de un hombre es una sucesión lógica de hechos cuyas premisas están en el hombre mismo, que varia, y en el medio universal que varia más aún que el hombre. Ningún acto humano puede ser juzgado sino en relación con los que con él coexisten, le preceden y le suceden. De aquí las contradicciones que entraña la biografía de un vivo.

Ningún acto humano puede, tampoco, ser juzgado sin que sobre él se pronuncie veredicto favorable ó adverso. El veredicto favorable es para el hombre modesto y severo más embarazoso aún que una cruel sentencia; lo es tanto más cuanto más favorable es, porque el mérito reconocido suele originar en la negra muchedumbre de las almas bajas envidias é iras proporcionales á sí mismo. De aquí las dificultades que arrastra la biografía de un vivo.

Mientras un hombre se sostenga de pie en esta lucha eterna de ideas, de intereses y de pasiones, la historia de ese hombre, su biografía, escrita por cualquiera, amigo ó enemigo, extraño ó conocido, tendrá que resentirse de parcialidad, más ó menos manifiesta. Para evitar todo tinte de injusticia, fuera preciso reducir la biografía á una desecada é insípida anotación de fechas; pero tal biografía dejaría de serlo y valdría más que no fuera escrita.

Estas reflexiones se hizo indudablemente González Prada, cuando lacónicamente contestaba á la solicitud del escritor Cortez. Estas mismas reflexiones me hago yo ahora, vacilándome la pluma en la mano, inseguro todavía para continuar una tarea tan difícil por mil motivos.....

Pero en los momentos álgidos de la lucha, en las horas de batalla franca y abierta, ¿no vale más juicios apasionados, henchidos por el fuego de la simpatía, que insustanciales agrupaciones de fechas?

El guante ha sido echado, la palabra de reto vibró ya; tiempo es, pues, para que presentemos de cuerpo entero, tal y como lo conocemos y juzgamos los que á su lado vamos á combatir, á quien á nombre de todos nosotros lanzo en primer lugar el guante y pronunció antes el reto.

I

González Prada nació en Lima en 1844. Hechos sus estudios primarios en esta ciudad, fué enviado por su familia á Chile, e ingresó á un colegio inglés de Valparaiso, donde cursó dos años no completos de lo que ahora denominamos instrucción media. De regreso á Lima, después de corta permanencia en el Seminario de Santo Toribio, fué admitido en el antiguo Convictorio de San Carlos, donde terminó sus estudios preparatorios y rindió año por año examen de todos los cursos de Derecho que entonces se dictaba. No quiso, obedeciendo á sus impulsos naturales, obtener grado alguno, y se retiró concluidos esos estudios, á su hogar, para dedicarse poco después á las amenas, sencillas y fecundas labores de la Agricultura.

Hijo de una familia católica por tradición, de antigua y noble cuna, familia en cuyas venas hervía todavía muy pura la vieja sangre española, González Prada sorprendió, pasma con su liberalismo á los que creen escandaloso delito el rompimiento con el pasado. A los liberales, á los descreídos, no escandaliza, pero sí admira cómo pudo Prada formarse tal como es en el seno de su familia, y á pesar de la instrucción escolástica de sus tiempos.

Pero Prada habia nacido liberal, como otros nacen fanáticos religiosos. Por ra-

ro y encubierto fenómeno fisiológico (y psicológico, que acaso nunca explique nuestra ciencia, hay hombres que traen en sí el germen de doctrinas determinadas, germen tan robusto, á veces, que hasta en un medio extraño se desenvuelve desembarazadamente. Prada trajo el germen del libre-pensamiento. Aún niño, colocado por su padre en el Seminario de Santo Toribio, se escapó al poco tiempo de allí y se presentó en su casa. «Me escapé, dice él ahora á los que le interrogamos sobre ello, me escapé por instinto. Sentía repugnancia por los frailes. Son ellos tan anti-higiénicos por hábito, que sólo en el nombre de la limpieza debían ser sentenciados.»

La naturaleza encaminaba á Prada á la tierra de promisión de las ideas nuevas.

Su padre, como todos los hombres ilustrados de aquella época, aunque católico, tenía en su biblioteca un rincón reservado á Diderot y Voltaire. No es posible, ni para el Papa ó el Gran Patriarca, si se desea tener un concepto cabal del ingenio humano, resignarse á no escuchar, siquiera por momentos, la franca palabra del buen enciclopedista y á no gozar, siquiera á hurtadillas, las burlescas sonrisas del señor Aronnet. González Prada halló, pues, entre los libros de su padre, nutritivo alimento para su espíritu.

No debió hallarlo tan nutritivo en las aulas de San Carlos. Esta institución mixta entonces, ingerto de Universidad en Colegio, conservaba todavía, como hasta hoy conserva, un subido tinte de escolasticismo. Todavía vagaban por sus claustros, como rabiosas protestas del pasado, magnetizando á los noveles cateóricos, las pesadas sombras de los antiguos rectores, calado el solideo, arrasando la sotana, la ferula en la mano y el *anathema sit* en el labio. Para los hombres que, como González Prada y otros, escondían bajo la almohada, allá en los viejos dormitorios de San Carlos, libros inscritos en el Índice romano con muy gordas letras, debían ser horrible pesadilla aquellas lecciones de Derecho Canónico, ó qué sé yo, que á mi me parecen oídas de lejos, algo así como Maitines mal cantados y entroveados con lecturas de Alfonso el Sabio y de Ortolan.

Prada habia nacido para otra clase de estudios. Su cerebro iniciado ya en las robustecedoras fricciones de la verdad no podía sugetarse estrictamente á los juegos malabares de una enseñanza que él recibía no por su propio empeño, sino más bien por conformarse á los deseos de su padre. «Yo hubiera sido ingeniero—dice ahora—Los cursos de Matemáticas fueron los que estudiaba con verdadero gusto.» Es probable que al decir esto, Prada se equivoque algo.

El no hubiera sido ingeniero, como no llegó á ser abogado. Para una inteligencia de alto vuelo como la suya, las purísimas lucubraciones de las Matemáticas son un alimento necesario y agradable, pero no son tal alimento aquellos centones de formulas empiricas ó convencionales que constituyen la casi totalidad y lo principal de la Ingeniería. Para su sensibilidad de poeta, ya despierta, aquellos cálculos de vigas ó de ejes, donde las virgenes Matemáticas aparecen contrahechas y desgreñadas, tenían que ser como planchas de mármol colocadas sobre el corazón. Prada no habria sido en ningún caso sino lo que es: un hombre ávido de verdad, un talento libre que se profundiza en los conocimientos de su predilección y analiza donde y cuando quiere analizar. Tal vez si entonces existieran los títulos de doctor en Filosofía y Letras ó en Ciencias Políticas; Prada hubiese obtenido alguno de ellos, pero ¿qué importa un título, un trozo de papel ó pergamino, á quien sabe más y mejor que la mayoría de los diplomados?

Rodeado, pues, de una atmósfera contraria á su naturaleza y á sus ideas nacientes, se realizó en Prada lo que se realiza en toda inteligencia escogida y en toda fina sensibilidad situadas en un medio bárbaro para ellas, y forzadas á encajarse en moldes para ellas horribles. La dejadez del cuerpo y la pereza del espíritu, dos voluptuosas doncellas, que espían nuestra adolescencia y acechan nuestra juventud para atraernos hasta su regazo y sufrirnos con sus labios de hielo y terneros constantemente entumecidos, y constantemente negarnos la suprema de sus caricias, un inacabable sueño; se apoderaron también del joven estudiante limeño y le arrullaron bajo las bóvedas del Convictorio. Onentan condiscípulos de él que casi no repasaba los cursos, y que lo oído estudiar á sus compañeros ó explicar á los profesores, completado con una lectura de última hora, le bastaba muchas veces para rendir exámenes tan buenos como el mejor. «Clara prueba de la superioridad del talento sobre la dificultad de la material Y prueba palpable de la vanidad del rigorismo y de las exigencias contra naturaleza!»

En tal estado, un espíritu superior,

¿qué desahogos busca sino las dulces expansiones del Arte? A esta época corresponde la iniciación de Prada en el cultivo de la poesía. Parte del tiempo que no necesitaba consagrar al estéril para él, pero rudo trabajo de aprender gruesas de artículos del Código y repetidos de corrido, la consagraba á la lectura de novelas, dramas, líricas, etc. Entonces principió á formarse un gusto, á distinguir escuelas y conocer escritores; entonces compuso sus primeros versos.

Quando dejó San Carlos, huérfano ya, dueño de sí mismo, y en la necesidad de guiarse, llevaba consigo un regular bagaje de conocimientos literarios, conquistado, robando tiempo á la enseñanza rutinaria; llevaba por su propio esfuerzo fortalecidas sus libres ideas y cultivada su sensibilidad, á pesar de la dejadez del cuerpo y la pereza del espíritu.

Desde entonces, á salvo del tutelaje escolar, Prada no ha dejado pasar un solo día sin aprovecharlo para el cultivo de su inteligencia, de una manera racional, sin corta-pisas salvajes. Ya en Lima, en el seno del hogar materno, ya en el campo, á cuyas faenas vivió consagrado largos años, hasta el de la invasión chilena; ya en viaje de observación provechosa á diferentes regiones de nuestra patria, ya en el campamento, en medio de las improvisadas tareas del miliciano; ya en el nuevo hogar, que muerta su madre ha formado; nunca, un solo día siquiera, le faltó ó le falta el pan de la lectura.

Metódico centro de su libertad, consecuente con su talento verdaderamente laico, aduna siempre en su consagración al estudio, la ciencia y la poesía. Habiendo aprendido en los colegios la lengua francesa y la inglesa, como la latina, que nunca descuidó, ha llegado, merced á su contracción á conocer la alemana, la italiana y alguna otra, de tal manera que las traducciones por él hechas de esos idiomas al castellano y sus juicios sobre escritores ingleses, alemanes, etc., nada dejan que desear á los buenos poseedores de aquellas lenguas. Se advina que el ejemplo, alguna vez citado á nosotros, de Bello, anciano y achacoso estudiando con ahucio el griego, siempre lo ha tenido el presente.

Dueño de varios idiomas, ha leído con provecho, puede decirse, ha estudiado, la Geología, la Paleontología, la Antropología, la Química, en resumen casi todas ó las principales de las Ciencias Naturales; pero su consagración especial ha sido al conocimiento de los grandes pensadores y á la erudición sociológica y literaria; observando punto por punto el gran desenvolvimiento crítico y parcial mente sintético de nuestra época.

El puede seguir la conversación de un astrónomo, de un médico, un naturalista ó un químico sin embarzarse; pero con un Saint-Beuve discutiría concienzudamente á Pascal y Rabelais, á Balzac y Lamartine; con un Guyan disertaría claramente sobre la teoría spenceriana y darwiniana ó sobre las evoluciones de la idea religiosa; con un Amador de los Rios comentaría juicioamente la Celestina ó la Galatea; y argumentaría bastante bien, con un Quevedo, en Sintaxis Castellana.

Y en medio de esta universal erudición, tan particular en ciertos ramos, lo que á mi me admira es cómo Prada conserva la totalidad de sus conocimientos ordenados y rejuvenecidos. Su cabeza es como su biblioteca de poetas, en la cual están todos los de primero, segundo, tercero y quizás hasta cuarto grado, desde los autores de Ramayana y Odiseas hasta los autores de «Idilios del Rey» y «de Blasfemias», todos en arreglo cronológico y estético, como hablando del fondo de los estantes, con ese tinte de vida que dan á los libros la novedad de la edición y el cuidado de su dueño.

Otro fenómeno se realiza en Prada, perfectamente explicable, pero raro y antinatural para el vulgo, acostumbrado á creer que en todos los casos una continua bebida en la fuente de la verdad científica y de la crítica, mata la fantasía y enerva la sensibilidad. En Prada, ese polvo de libros que se llama erudición, no hacubierto con esterizadora capa la fresca vegetación de una alma poética. Esto sucede, por ese sabor á juventud que caracteriza sus conocimientos: todas las ideas viven en él la vida nueva; los mas remotos hechos son vistos al través de las mas modernas doctrinas.

Por eso, á medida que han progresado sus estudios, han progresado sus versos. A sus primeros ensayos, un tanto pesados y de un dejo arcaico muy marcado, siguieron sus poesías de corte romántico, pero inglés; después sus versiones del alemán, no bien apreciadas hasta ahora; y en fin esos romances nacionales, de que nos ha dado unas muestras en «El Mitayo» y «La Cena de Atahualpa», romances donde á un fondo de originalidad se adunan la arro-

gancia del idioma castellano y la dulzura del corazón alemán.

El poeta ha sabido atléticamente levantarse al mismo tiempo que el erudito, sin resentirse el uno del esfuerzo del otro.

II.

La fisonomía moral de Prada corresponde perfectamente á su fisonomía intelectual. Su inteligencia, su sensibilidad y su voluntad se desenvuelven en vías paralelas.

El carácter que posee le viene, en gran parte, de familia. Con la sangre, recibió una voluntad de hierro; y de la atmósfera católica de su hogar asimiló á su organismo lo mejor, la austeridad de costumbres y la severidad en las acciones. El traje, como dote, una excesiva modestia.

Su padre era un hombre inflexible. Siendo Consejero de Estado, siempre integro y ajeno á las pasiones políticas, se realizó, sin que él cayera de su puesto, la ruina de Echenique y la subida de Castilla. Cantóse un *Te Deum* en la Catedral, en conmemoración de «La Palma», *Te Deum* con una oración fúnebre ó algo así del Obispo Tordoya, donde naturalmente se hacia la edificación de Castilla y se conderaba á Echenique al fuego eterno. Llegó el Monseñor en sus anatemas al caído, á un punto que salía de los límites de la verdad, más allá de lo humano. Cuentan los hombres de esos tiempos, que don Francisco González Prada, el viejo católico, sentado junto al Presidente de la República, se puso de pie en aquel momento, y lanzando la mirada y tendiendo el brazo al predicador, le dijo con clara voz, de todos oída: «miente Ud. Sr. Obispo.»

Ese hombre que así imprecaba Obispos, sorprendió una vez al hijo, que se le habia escapado de Santo Toribio, por repugnancia á los frailes, leyendo á Diderot. «Deja ese libro.— Es un libro malo, —dijo el padre— «Pues si es malo, ¿para qué lo tienes en tu biblioteca?» —replicó el precoz hereje. El Sr. González Prada calló, dejó al niño y nunca mas intervino en sus lecturas.

No es, pues, extraño que el niño lector de Diderot, fuera, convertido en hombre, quien después de haber permanecido en las fortalezas del Pino hasta las doce de la noche del 15 de Enero de 1881 y haber clavado en ellas los cañones, siendo simple jefe de la Reserva; entrara á Lima, se encerrara en su casa y no saliera de ella sino cuando el último soldado chileno desocupó la ciudad el 2 de Octubre de 1883. A una inteligencia como la suya no se le escapaba que todo estaba perdido; ¡valía más prepararse y reservarse limpio para el porvenir!

De su padre heredó Prada la virtud de la energía, de la madra la limpieza de costumbres. Niño se le puede decir todavía, juzgándole en su vida privada. Es de veras muy raro, en estos tiempos, un hombre que, después de acrecentar su hacienda heredada con un trabajo honrado, forme un hogar donde cumple estrictamente todas sus obligaciones; un hombre que, como en su juventud no frecuentó salones, no frecuenta ahora clubs, y no conoce los disfrazados vicios de sociedad bajo ninguna forma.

Y, ¿qué se dirá del hombre que á un puritanismo tan exótico en el Perú añade la caridad, esa virtud salvadora de las religiones, y la tolerancia, esa caridad del libre pensamiento? ¿Que del hombre, que á tales méritos reune todavía una modestia, mas bien dicho, una humildad que contagia á quien se le acerca?

Porque la modestia de Prada, verdaderamente excesiva, no es una modestia falsificada, una modestia de ornamento, de esas que por todas partes dicen: yo, que valgo tan poco, yo, que soy tan pequeño, como reclamando un aplauso á todo el mundo; la modestia de Prada es de aquellas raras flores que á la luz del día se marchitan, de aquellas modestias que nunca hablan de sí mismas, que huyen de la alabanza, que se reconocen en el pudor del rostro y el embarazo de la palabra.

Esta modestia es toda una virtud y tiene toda la delicadeza de las virtudes. Los grandes hombres de la antigüedad no la conocían; menos los pequeños. Cicerón encrescía sus méritos y su inteligencia en el Forum, ostentando la misma quijotesca magestad con que Nerón se lamentaba en su hora última. Para ellos esa modestia hubiera sido una debilidad. Tampoco la conocen todos los grandes hombres contemporáneos. Victor Hugo asoma mil y mil veces la cabeza entre las montañas de sus poemas, para pedirnos una corona. Castelar sale á flote, frecuentemente, desde el fondo del mar de su elocuencia, como para preguntarnos: ¿qué tal lo hago?

Si ellos, grandes hombres de nuestro siglo, desconocen la modestia, ¿cómo han de conocerla los pequeños? En nuestra América del Sur, al menos, hasta

mozabetes de quince y dieciocho años, bosquejos de caricatura de Tenorios, se creen ya dignos de una diputación ó un ministerio.

Por eso, yo pongo la modestia de Prada sobre todos sus méritos. Más que oírlo discutir las bellezas de un canto del Tasso ó una oda de Leopardi, me encanta verlo ruborizarse cuando alguno de nosotros deja escapar á su oído una frase que á él le sepa á alabanza. No encuentro con que comparar la humildad de ese hombre á quien la República entera felicitaba un día por su valiente palabra, y que guardaba en tanto su discurso en su gaveta, sin cuidarse de publicarlo, como quien guarda un apunte cualquiera. Sólo repetiré, una vez más, que ha conservado su corazón de niño bajo el caudante pecho del escritor público, como lo conservó bajo el honrado pecho del agricultor.

III

Tal es, aproximadamente, en su aspecto intelectual y en su aspecto moral, en la vida de su estudio y en la de su hogar, el hombre á quien los jóvenes del «Círculo Literario» buscaron un día para arrancarlo de su sosedado retiro, traerlo al teatro de las luchas literarias y sociales y formarle en torno legión de sostenedores.

No fué una simple intuición de la juventud ese verdadero raptó de Prada á sus costumbres apacibles. Los jóvenes le conocían desde entonces porque ya él habia escrito para Gran en 1885, una preciosa pagina digna del ilustre marino, y tambien habia escrito, para ellos esa magnífica conferencia leída en el «Ateneo de Lima» en Enero del 86, tan rica en la erudición, tan hermosa y sencilla en el estilo, tan sabia en los juicios, tan discreta en los consejos, que debía tener un sitio muy especial en nuestras mesas de estudios. Le conocían también los jóvenes, porque circulando poco á poco entre ellos la fama de su saber, arrastrándose unos á otros, muchos llegaron á tratarle, y obtener de él enseñanzas ó libros, y algunos hasta lograron su colaboración para esos varios periódicos de la juventud, que han vivido lo que las rosas, colaboración reducida generalmente á una preciosa como pequeña versión de Shelley ó Heine, especie de dices de buen gusto, ó á una crítica anónima, como aquella de «Luzbel» de Núñez de Arce, la cual anda por allí (1) con la firma de JUSTINO FRANCO, cuando podía llevar sin rubor ninguno la de Larra ó la de Planche.

Quando Prada, en Octubre de 1887, pronunció al encargarse de la presidencia del «Círculo Literario», un discurso que, sin contener doscientas palabras, era todo un programa de ideas nuevas para nosotros, no faltó entre los vividores de las altas atmósferas artificiales, quien, oyendo lo de la presidencia, pero no preocupándose del discurso, preguntara: ¿qué hombre es éste? ¿de dónde sale? Las breves palabras de Prada ante la tumba de Márquez resonaron como una respuesta. Ese discurso lo leyeron todos, se impuso. ¿Qué hombre era éste? Era un libre pensador con derecho á llevar la frente erguida. ¿De dónde salía? Salía del seno de la verdad.

Desde ese día, Prada comenzó á destacarse claramente entre las nieblas que oscurecen el horizonte de la patria. Se organizó la fiesta de los colegios libres. Era preciso una palabra de aliento. Todos los jóvenes que intervenían en el arreglo se fijaron en Prada. Cinco ó seis días se le dieron para preparar su escrito. El 29 de Julio de 1888, en la noche, sobre el hermoso proscenio del Politeama, leía un joven, interrumpido por frenéticos, por rabiosos aplausos, por estruendosos bravos transformados al fin en lágrimas de entusiasmo y de remordimiento, esa celebre alocución á la juventud y á la niñez, que parece meditada en diez años por un Rousseau, ó inspirada en un soplo a un Isaías. La palabra de Prada recorrió entonces la nación entera como una corriente eléctrica; «la lección dada por los colegios libres de Lima halló ejemplo en los humildes caseríos de la República», y «las frases pronunciadas en esa fiesta fueron rudos martillazos que retumbaron por todos los ámbitos del país.» Para los soñadores de una patria nueva, ese éxito fué un consuelo: se sintió el primer latido de unas alas grandes.

Vino después el intachable discurso leído en el «Olimpo»; el rudo ataque al contrato Grace en «El Radical»; ese artículo del 15 de Julio del 90, que fué una protesta á nombre de la Nación; y otros pocos, firmados los unos, anónimos, pero reconocidos, los otros, porque el estilo en Prada es realmente el hombre.

La personalidad del Presidente del «Círculo» continuó destacándose con formas de gigante, más y más distin-

(1) «Revista Social»—Agosto de 1889.

tamente en nuestro confuso escenario. Unos contados escritos bastaban para el honrado agricultor y dulce poeta, se presentase conjuntamente como un prosador de formas vigorosas, de corte á lo Pascal y figuras hugonianas, como un libre pensador evolucionista, sin las utopías del romanticismo en el progreso, como un entusiasta consejero de la juventud y franco defensor de los intereses de la patria. Esos escritos corrían con su propio empuje; se recomendaban por su propio mérito. Su autor hubiera deseado no firmarlos nunca, por no ver su nombre en caracteres de imprenta; jamás se interesó en el éxito de ellos ni se preocupó de coleccionarlos en un libro, que casi todos los peruanos desearíamos poseer.

El, aunque ansioso del triunfo de las ideas nuevas y más aún ansioso de la constitución de la patria, los dejaba salir de su pluma sólo á fuerza de nuestras instancias, con pena por la atención que traían para su nombre, y acaso con más pena todavía por las amargas acusaciones y terribles reproches que ellos entrañaban. Debe ser, en efecto, muy cruel para un hombre bondadoso, lanzarse en estas batallas de la prensa, donde hay que gastar más fiereza que en las batallas de hierro, pues en ellas se rifa algo que vale sobre la sangre, las ideas; donde hay que cubrirse los ojos para herir y no descubrirse los al sentirse herido, pues en ellas el golpe que se da puede caer sobre la cabeza ó el corazón del hermano, y el que se recibe puede venir del brazo de un amigo.

Desgraciadamente, los escritos de Prada han tenido, como su carácter, la cualidad de las cosas buenas: atraer con toda fuerza á los buenos, que son los más, y ser rechazadas con todo odio por los malos, que son los menos. La firmeza de su carácter, imposible de convenirse con una ridícula confesión de campamento, en vísperas de San Juan, conquistó á Prada el enojo del Dictador de 1880, enano Atila de tragi-comedia, que colocaba la capital de la República donde su caballo ponía el pie. Prada recibió entonces la calumniosa imputación, llena de negra ironía en tales instantes, de conspirar con el pardismo ó civilismo. La valentía y sinceridad de sus escritos, imposibles de amoldarse á la mentira y el servilismo, le han conquistado el profundo rencor de más de uno. También ha habido para él, insultos, calumnias, burlas, todo lo que constituye la pre-histórica munición de guerra del ejército de almas entregadas que llamamos clero y de los monotoneros de frac y guante que se titulan nuestros hombres públicos. ¡Qué no se le ha dicho! ¡A qué no se ha apelado en su contra! La prensa entera de Lima prestó sus columnas de tanto por línea, para que se le hiciera la cobarde guerra del anonimato; fraguó para los discursos, que recorrían triunfalmente las provincias, una estúpida conspiración de silencio, recurso viejo de la rabiosa impotencia. El nunca se ha quejado, nunca contestado al insulto. Ha escrito esta frase: «El sembrador de ideas no combate con fulminadores de improperios ni con amasadores de lodo.»

IV

Hombre de tanto valor, estaba destinado naturalmente á no mezclarse en nuestra vida política. Prada sólo tuvo un cargo público durante una de las casi constitucionales administraciones anteriores á la guerra con Chile; fué juez de hecho, — porque todavía confiaba en la libertad de la palabra, — un juez de hecho que nunca habló en las denuncias motivo para formación de causa. Pero, olvidó la verdad. Prada ha desempeñado otros dos cargos públicos: fué voluntario el 2 de Mayo de 1866, fué miliciano el 15 de Enero de 1881.

Diffícilmente, también volverá á desempeñarlos. Mienten quienes lo acusan de ambicionar mando de cualquiera clase. Estos, que han de ser quienes creen ofenderle echándole en cara haber estudiado agricultor, deben ser tal vez los mismos que han ido á tentarle ofreciéndole, ya una curul de Senador, ya un bastón de Vice presidente, sin obtener de él sino el más digno rechazo. ¿Qué otra cosa podían obtener del caballero que nunca inscribió su nombre en el registro de uno de nuestros partidos, y que recibió con sorpresa y cortadad los votos de una provincia para la Presidencia de la República?

La juventud que rodea á Prada tampoco tiene por mira hacerle sentir alguna vez en uno de esos sillones tantas veces profanados por los monstruos concebidos en el vientre de nuestra miseria. Poco importa: no es preciso que Prada cargue el porta-folios de un Ministro ó la vara de un Alcalde. Lo que importa, lo que precisa, es que su palabra continúe retumbando como ruidos martillazos en los ámbitos de todo el país; que su au-

eridad continúe siendo ejemplo á los hombres de mañana y anatema viviente para los hombres de ahora.

No es la estereotipada argumentación de un decreto ni la altisonante palabrería de una nota oficial lo que nos debe Prada. Nos debe sus magostas propagandas de ideas, sus sabios juicios y prudentes consejos.

El viaje que hace hoy á Europa, 61, que lleva en el cerebro toda la sustancia de la civilización europea, debe tener por principal objeto buscar en el alejamiento de este revuelto pantano de pasiones y en su comparación visible con la desbordante cultura de ultramar, lugar y ocasión para componer más de un libro esperado por nuestras bibliotecas. Las prensas europeas están comprometidas ante la juventud del Perú para hacer carne de letras el éter de las ideas que las prensas peruanas, por despecho ó por vergüenza, no intentan aceptar en su regazo.

¡Que este escrito, si tiene alas para tan largo vuelo, vaya siguiendo las huellas de Prada hasta el corazón de Europa, y haga recordar allá á las imprentas su deuda para nosotros; y con el mismo desaliño y desconcierto en sus frases de corrida, haga recordar á Prada la sinceridad con que le estimamos y la confianza con que esperamos nos recuerde!

LUIS ULLOA.

«La Unión Nacional»

[Editorial de «El Diario»]

Hace iniciado en Lima, con el título de «La Unión Nacional», un partido con un programa simpático y hasta seductor. Es un partido de ideas, y este hecho basta por sí solo para que nos adelantemos á saludarlo, deseando que el echo raíces en el terreno de la política y de los negocios públicos.

Seguramente la agrupación que preside el notable filósofo González Prada, tendrá que luchar en la práctica con todo género de vicisitudes, pero las grandes ideas no se levantan hasta las regiones del éxito, sin que sus iniciadores paguen con una cadena de sacrificios, el reto que lanzan atrididos á las preocupaciones del siglo y á las intrasigencias del interés personal.

Ello no debe intimidar á los iniciadores de la «Unión Nacional», porque quienes llevan una credencial enteramente limpia á las luchas del partidismo, pueden desafiar tranquilos los peligros de su sinuosa ruta, y sentir en toda su extensión el goce del deber cumplido, goce que nos indemniza de todas nuestras fatigas y nos impide caer en el precipicio de las inconsecuencias y de las transacciones cobardes.

No creemos que el programa del partido que encabeza el señor González Prada, arranque una simpatía unánime de nuestras clases sociales. El será por algún tiempo y para muchos de nuestros conciudadanos, lo que es la música de Wagner para la generalidad de sus oyentes: ingrata al principio, pero llena de magestad y grandeza después de oír la algunas veces.

Tiene también «La Unión Nacional», tendencias enteramente radicales, dividiéndose algo así como entre los pliegues de su bonito traje la hacha demoleadora, y hasta la guillotina de las graves justicias populares.

En una palabra, la agrupación que nos ocupa, pretende realizar una revolución general en el mundo de las ideas y de las instituciones patrias.

De todas maneras, «La Unión Nacional», es un partido que nace al calor de levantadas convicciones y que cuenta con valiosos elementos de juventud, ilustración y honorabilidad, circunstancias todas que nos permiten darle nuestra más cordial enhorabuena y ofrecerle nuestro modesto concurso.

SECCION NACIONAL

Distrito de Ilo - Agradecemos al señor A. de la T. haya dado respuesta á nuestro cuestionario, en los puntos siguientes:

1.º Las dos únicas industrias productivas aquí, son la de aceites y aceitunas. Las ocupaciones á que se dedican son: agentes de aduana, comerciantes, pulperos; aguadores, calafateros, carpinteros, pescadores, herreros, zapateros, cargadores, sastres—(todo en muy reducido número)

2.º En la explotación de aceites y aceitunas se ocupan aproximadamente doscientas cincuenta personas. Esta labor

tiene lugar en el valle, á dos kilómetros de la población. En los oficios se ocupan todos los residentes en el pueblo; puede calcularse en trescientas personas los habitantes del pueblo, de ochenta á cien serán los que ejercitan algún oficio ó empleo.

3.º Las mujeres no hacen ningún trabajo en el campo. Los hombres ganan setenta centavos moneda boliviana al día. — Los niños cuarenta y sesenta centavos.

4.º No hay, y bienen de Omate, principalmente para el trabajo de sembrar y recoger los frutos.

5.º La importancia de la producción de aceites será desde este año muy digna de tomarse en consideración; antes no, por la sequedad que había esterilizado los campos.

6.º La industria aceitera paga la contribución rustica. Los otros oficios casi no pagan ni las patentes municipales.

7.º Entiéndese aquí por un día de trabajo, el tiempo trascurrido de seis de la mañana á seis de la tarde, quitadas hora y media de almuerzo.

8.º Muy poco consumo hay de todo. Los aceites y aceitunas se embarcan para puertos del territorio y aun para el extranjero.

9.º La de aceites y aceitunas, como se ha dicho antes.

10.º La minería necesita capitales, brazos y conocimientos. Hay vetas de cobre, fierro y aun plata. Como oficios se necesitarían aquí: sastrero, sombrerero, zapatero y barbero.

11.º Creemos que, previos estudios, la industria minera podría explotarse con ventajas. Los oficios anteriormente indicados darían también algo aunque no mucho.

12.º Véase la anterior respuesta. Se paga aquí por hechura de un terno corriente 15 y 16 sol-s moneda boliviana. Un par de botines corrientes puede venderse á 5 y 7 soles según el material. Lavar y componer un sombrero (y siempre mal) cuesta aquí hasta un sol sesenta centavos!

13.º No hay cárcel, lo cual no quiere decir, que no haya quienes las merezcan

14.º .....

15.º .....

16.º Acá no existe ninguna sociedad ni de humanidad, ni de recreo, ni clubs de particulares.

El quintal de 100 libros, aceitunas, vale hoy..... S. 8

El idem de idem aceite idem » 20

Hay dos escuelas municipales.

Hay un muelle destruido, ó al menos lo será próximamente.

Una iglesia, sin cura, lo cual, en todo caso, es una ventaja.

Y los restos de la estación del ferrocarril.

Lo que se dice

Se dice que se ha iniciado la candidatura del General Canavaro á la Presidencia del Senado.

Se dice que para el informe en el oficio del representante de Ica denunciando los abusos de los rematistas del impuesto de alcoholes hubo de tomarse renfa fuera del Ministerio.

Se dice que para atender á compromisos con la casa Gibbs, se está preparando terreno para someter al Congreso determinadas elasticidades del Contrato.

Se dice que el batallón Callao aumentará sus plazas, viniendo á Lima por el interior y debiendo llegar á esta Capital para la apertura del Congreso.

VARIEDADES

Entre dolora y cuento

LEYENDA

De José Echegaray

Voy á contar un cuento ó quien sabe si un drama: algo del pensamiento procede del francés. Poco interés ofrece: la acción es casi nula; si título merece, ya se pondrá después. La historia prometida acaso fue forjada, de un niño á la medida con llanto de dolor. Es historia de viejos es historia de niños;

sin lumbre y sin reflejos de gloria ni de amor.

Era la pobre Marta ya muy vieja con la piel cenicienta y arrugada: ojos chiquitos, turbia la mirada y á mechones de plata la guedeja. Y nunca joven fué: nunca sus días se tuvieron de luz ni de colores, ni tuvo novios, ni sufrió de amores, ni supo lo que son las alegrías. Empezó trabajando á los seis años y siguió trabajando á los setenta: nunca escribió esperanzas en su cuenta: nunca escribió tampoco desengaños. Y esta existencia gris y acompasada, que se arrastró penosa por la villa, se explica por manera muy sencilla: Marta fué siempre fea y siempre honrada,

Pero ese eterno manantial divino que puso en todo ser Naturaleza; al fin rompió de Marta la corteza como dirá este cuento peregrino.

Era una noche de Enero Copiosamente nevada, y el termómetro marcaba cuatro grados bajo cero. Blanco manto casi helado, á un sudario semejante, aplicábase ondulante al declive del tejado. A su buhardilla volvía Marta con paso inseguro, apoyándose en el muro y en la nieve que cruja.

Y antes de llegar al suelo cien y cien copos perdidos se quedaban suspendidos en algún mechón de pelo. Blancura sobre blancura, doble nevada inclemente: la que se cuaja en la frente, la que se cuaja en la altura. De repente se paró y atenta aplicó el oído, que algo así como un gemido en las sombras escuchó. Sobre la nieve apoyada, como pequeña escultura, se dibuja la figura de una niña acurrucada. O ya dormida, ó ya muerta, que la diferencia es leve: niño que duerme en la nieve en el cielo se despierta. Hacia el pobre ser se inclina, lo levanta con anhelo, y esparciendo nieve y hielo en su seno lo reclina. Aun le late el corazón, aunque con videncia escasa... ¡y se lleva á su casa rebujada en el mantón!

Allá fuera el cierzo impio, y en un miserable lecho de una vieja contra el pecho un ser que tiembla de frío. Del invierno en el rigor y de la muerte en la calma, si no hay calor en el alma, ¿dónde se encuentra calor? ¡La nieve helada y tendida!... ¡La vieja!... ¡La niña inertel!... ¡Algo así como la muerte dando calor á la vida!

Y pasaron las noches y los días; llegó la primavera: no tuvo Marta iguales alegrías en su existencia entera.

¿Igual es? La palabra es desdichada y es torpe por demás: Horas de dicha en toda la jornada no las tuvo jamás.

Y con la pobre niña encariñose; puso en ella su amor.

¡Con mala suerte! Pues al fin trocóse el placer en dolor.

Porque la pobre niña se moría dulce y tranquilamente como la blanca luz de claro día se extingue en Occidente.

¡Si en un niño la vida es un alarde que cesa en un momento! ¡Para extinguir la llama que en él arde basta un poco de viento!

Y Marta por las calles la paseaba siempre que era posible: viendo tiendas el pobre ser gozaba ¡gozaba lo increíble!

Pero el viento más tenue la cogía, diciendo «ya no más».

Y muy á prisa á casa la volvía mirando siempre atrás,

Como si algún fantasma apresurado fuese en su seguimiento para robarle su tesoro amado ¡ó á la niña el aliento!

Hubo en el invierno un día sin helada y sin capuz: como un rayo de alegría ó como un rayo de luz. Fundió el sol helados lazos, lució por montes y valles,

y con la niña en los brazos, salió Marta por las calles. Con su dulce pesadumbre con su manto y su basquiña, á ver si del sol la lumbre logra animar á la niña. Pobre niña, tintes rojos te dió la fiebre: tu ser tiembla todo; y en tus ojos hay, sin embargo, placer. ¡Ay, corazón como late al ver tanta maravilla. en los mil escaparates de las tiendas de la villa! Ojos de tantos fulgores, mirad bien por vez postre: recoged luz y colores, ¡que mucha sombra os espera! Una tienda de juguetes, sobre todo, la fascina.

¡Qué panderos! Qué jinetes ¡Qué muñeca tan divina! Yergue su cuerpo marchito, alarga su mano seca, tose mucho, lanza un grito, dice: «quiero la muñeca». Pero aquí son los afanes y de Marta los apuros: ¡Abajo todos los planes! ¡Lo imposible! ¡Quince duros! Falta luz, la vuela dan, y se alejan tristemente, una y otra con afán por el miedo de la gente. La niña hacia atrás mirando: la vieja mirando al suelo, y llorosa murmurando; «¡La pobre ni ese consuelo!»

Y llegaron las noches de agonía, acababa la niña poco á poco y su muñeca sin cesar pedía con terco afán desesperado y loco. Y Marta ya estenuada y vacilante unas veces gemía, otras rezaba, otras la pobre vieja delirante con los puños las tapias machacaba. ¡Un pobre ser tan dulce y tan divino! ¿qué le pide á la vida? ¡una muñeca! y ni aun ese consuelo tan mesquino ha de rodar dentro su tumba hueca. ¡Otros piden honores y fortuna! Del pobre ser es toda la ilusión acostar á su lado y en su cuna la vistosa muñeca de cartón!

Acariciar su rubia cabellera, ó quitarle el cintillo de coral, ó poniendo en un beso el alma entera, besarle sus dos ojos de cristal. ¡Pues nada, todo ser, grande ó pequeño ha muerte y morirá sin que á su lado la postrer ilusión del postrer sueño venga á prestar calor al cuerpo helado.

Poco á poco baja el pulso y se apaga el pobre aliento: cesa todo el movimiento y la vieja en ciego impulso, ya perdida la razón á un extraño arraque cede y bajando como puede escalón tras escalón, sin que ella misma comprenda ni qué busca ni á qué vá, es lo cierto que ya está á la puerta de la tienda.

Con una niña preciosa, una señorita elegante salía en aquel instante de allí mismo; y ¡qué orgulloso! Y qué formal y qué busca la niña rica y mimada iba con su codiciada y primorosa muñeca.

¿Qué sintió Marta? ¿Qué afán, qué profundo desconcierto? ¡Algo así al perder el cielo debió morder en Satán!

¡Ese angel, ó lo que fuere, tan risueño, tan dichoso, no es mejor ni más hermoso que el angel que se me muere! ¡Honda desesperación!

¡Luego rabia! ¡Envidia luego! ¡Y luego un monstruo de fuego enroscado al corazón! ¿Qué pasó? Pues de repente ante la niña mimada la vieja está arrodillada y al rededor mucha gente. Extiende su mano seca, habla, cuenta; pide, llora... y se agarra á la señora y se agarra á la muñeca. Poco después, á codazos, separando á quien la toca, iba una vieja... ¡una loca con una muñeca en brazo!

Como se apaga el resplandor del día cuando del mar el sol se hunde en el lecho lentamente la niña se moría la muñeca apretada contra el pecho.

Empeño fue de Marta, y en la fosa juntas las dos descansan muy tranquilas la pobre niña y la muñeca hermosa, la de grandes, inmóviles pupilas.

Todo pasa, y al fin tuvo un consuelo ¡pobre Marta! cómo que humanos lazos rotos por siempre, con celeste vuelo un angel muy hermoso entró en el cielo llevando una muñeca entre sus brazos.

